

¿EMANCIPACIÓN O INSUBORDINACIÓN EN CHILE? MITOS Y REALIDADES DE UN CONFLICTO SOCIAL ANTESALA A LA INDEPENDENCIA (1750-1812)

Felipe Vergara Lasnibat
Universidad de Playa Ancha
Nothisgo@upa.cl

RESUMEN

El presente artículo tiene por objetivo ilustrar algunas de las nociones de interpretación historiográfica emanadas en el último tiempo y que, conforme al revisionismo historiográfico contemporáneo, pretenden dar nuevas luces al análisis y estudio de la Independencia de Chile desde una visión más social como opción válida a las aproximaciones jurídicas y políticas.

Palabras claves: Independencia, Historiografía Chilena, Conflicto Social, Análisis Histórico, Nuevas Interpretaciones.

ABSTRACT

This article is intended to show some of the notions of historiographical interpretations that have come to light lately, and that, according to contemporary historiographical revisionism, that meant to show a new insight to the analysis and study of Chile's Independence from a more social point of view, as a valid option to the political and juridical approaches

Key words: Independence, Chilean-s Historiographer, Social Conflict, Historical aAnalysis, New Understandings.

Introducción

Variadas son las hipótesis e interpretaciones que se manejan dentro de la historiografía chilena para abordar los diversos hechos históricos que han demarcado el devenir nacional de la gesta emancipadora, sin embargo, tras una u otra corriente historiográfica, como también tras cada autor, siempre está la premisa siempre afirmativa de lo consensual y lo dicho por el conciente colectivo¹. Cuando se pretende explicar los orígenes de nuestra independencia atávicamente se recurren a las taxonomías impuestas por Barros Arana o Eyzaguirre, sin dar mayores oportunidades a un análisis más profuso de las fuentes², que en términos metodológicos son la piedra angular de los estudios, como también, de la interpretación que se hacen de éstas en cuanto a discernimientos y categorías

¹ Al revisar los antecedentes que permiten estudiar nuestra independencia, es casi obligación referirse a la obra de Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la Emancipación en Chile*, que en términos generales es la que aporta la clasificación de las llamadas causas de la independencia y que al buscar explicaciones legista o jurisprudenciales detonan la visión eslabónica de los hechos. Esta historia preconfigurada complementa de una forma u otra a la de Diego Barros Arana: *Historia General de Chile*; Francisco Antonio Encina: *Historia de Chile, desde la prehistoria hasta 1891*; Julio Alemarte: *El cabildo en Chile Colonial* y Ricardo Donoso: *El catecismo político cristiano*. Posteriormente podemos citar a Néstor Meza Villalobos en: *La conciencia política chilena durante la Monarquía*.

² Dentro del conjunto de fuentes que pueden ser estudiadas y que contribuyen a un cambio en la visión historiográfica están aquellas compiladas en la *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile* E. Matta Vial y Guillermo Feliú Cruz. Santiago 1954.

axiológicas que ayudan a comprender la evolución de los hechos y su contextualización en términos humanos y por antonomasia mucho más sociales³.

De la tradición historiográfica conservadora y liberal podemos reconsiderar la parcelación de los orígenes, no como formas únicas, sino más bien como apreciaciones de un contexto que fue predeterminando a los autores; autores que insertos en su tiempo y conforme se construía esa noción de Estado fueron tejiendo, esculpiendo y atando nuestra historia acorde a ribetes más romanticistas y alegóricas propias de las narraciones fetichistas de los hitos. Esa "propuesta impuesta" olvidó las visiones prolijas del tiempo que cobijó en el pretérito la masa popular y que, sin ser estudiada directa o indirectamente fue sepultando al llamado "bajo pueblo" en una neutralidad impuesta por las élites⁴.

Este divorcio de la historia con los agentes vivos de ella, los sujetos comunes pero activamente participativos de la dinámica social, es la fractura que se desea osificar. La biótica emancipadora ha negado y suprimido importantes antecedentes de la configuración de los grupos sociales que se vieron involucrados en la lucha contra la hegemonía de la autoridad, no sólo hispana, sino también la aristocracia criolla que de una u otra forma buscó disciplinar al bajo pueblo en beneficio propio. Los citados e inmaculados ideales de libertad y ruptura contra España, sólo fueron la rúbrica de cien años de tradición historiográfica que hoy merecen segundas lecturas, no con la intención de "borrar" lo dicho y escrito, sino más bien como una forma de incorporar nuevos antecedentes y explicaciones a un proceso tan mecanizado desde el punto de vista de la teoría histórica.

De la marginalidad de la frontera a la periferia de la villa.

El espacio donde se gestan los hechos de emancipación no puede limitarse a Santiago de Chile y tampoco a los lejanos acontecimientos de Buenos Aires o de la península; la territorialidad de la Capitanía General se extienden desde su fundación en el siglo XVI, desde La Serena hasta los márgenes del Bío-Bío, siendo esta última zona donde se anidarán los primeros ecos de resistencia al conquistador. En las inmediaciones de una frontera impuesta como medio de control y de dominio es que se gestará el grupo social relevante y protagonista de los acontecimientos del siglo XVIII y XIX.

Hacia mediados del siglo XVIII los pehuenches habitantes oriundos de la zona comprendida entre el Laja y el Bio Bio persisten en sus actividades tradicionales, ya sea en sus funciones agrícolas recolectoras, como también en una protoindustria de artesanía textil, los doscientos años de coexistencia con el elemento español fue acercando las relaciones entre el español y el indio⁵, tempranamente estas relaciones sociales y comerciales se tornaron en un elemento

³ Si bien Hernán Ramírez Necochea en su obra: *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, Ed. Zig-Zag, 1967, esboza algunos aspectos sociales del proceso, no profundiza en torno a la dinámica de los grupos más "desposeídos" y las ideas que se incubaban en ellos en materias de emancipación e insubordinación.

⁴ Dentro de este apresurado aletargamiento del bajo pueblo en materias de revalidación como agentes de cambio, véase Leonardo León en *Bajo Pueblo y Cabildo en Santiago de Chile Colonial 1758-1768 Revista Contribuciones científicas y Tecnológicas* N°130, USACH.

⁵ En esta etapa de fusión social, en materias de relaciones sociales, se sostiene por una parte la "huincanización" de los sujetos involucrados, como también el roce y desaliento de las diversas aceptaciones entre indio y español. Para otras apreciaciones véase Jorge Pinto: *Frontera, misiones y misioneros en Chile y Araucanía 1600-1900*, Mario Góngora *Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile Siglos XVI a XIX* y Eduardo Cavieres *Sociedad rural y marginalidad social en Chile tradicional 1750-1860* (Este último citado por Gonzalo Izquierdo en: *Agricultura, trabajo y sociedad en América Hispana*, Santiago 1989)

ineficaz para la estabilización de la región y en consecuencia la provisión de una paz políticamente frágil y una guerra socialmente latente.

Las actividades comerciales, traducidas éstas en la organización de ferias y mercados, fueron el punto de partida de una dinámica social aparentemente en estado de paz pero siempre más cercana a la rebeldía y el desorden. Bajo la perspectiva del español, ya sea de la autoridad formal como del grueso de la población, las tolderías de indios siempre revistieron un peligro para la gobernabilidad de la zona, toda vez que el indio siempre fue visto como un sujeto incapaz de ser domesticado y subyugado a la autoridad, no sólo por su origen, sino más bien por su calidad física subyacentemente pigmentocrática. Dentro de estos márgenes de inestabilidad lentamente fue surgiendo un biotipo de sujeto que a pesar de las aportaciones en materias de intercambio económico y los persistentes intentos de evangelización fue constituyéndose con⁶ una muy particular personalidad, que, a los ojos de los españoles y “hombres de bien”, siempre denotaban rasgos de ser enviciado y criminal⁷. Esta estigmatización, no sólo adjudicable al indio, sino al mestizo de la frontera, fue lo que motivó un temprano divorcio entre el producto del mestizaje y las dos células básicas: español e indio. Difícilmente era factible conciliar el *ethos* de los grupos primarios con el de aquellos “hijos del rigor” que por pericia e ingenio sobrevivían dentro de la formalmente constituida casta social coloniales. Los rígidos parámetros de la sociedad finisecular se anteponian a las libertades y esperanzas de un grupo que acostumbrado a la intemperie y la movilidad casi transhumántica de sus improvisadas actividades comerciales que nutrían sus “vicios y bajos negocios”⁸, le hacían aborrecer la autoridad, el dogma y la norma. No es de extrañar entonces, que el vagabundo de la frontera actuase con aplomo y rigor ante las intenciones de amancebamiento de los grupos formalmente constituidos, de espíritu reactivo y de decisión soberbia no escatimaba en imponerse con el corvo y la daga ante cualquier intención por parte de la autoridad de cuadrangular su personalidad. La violencia a veces surgida como anomia y en otras ocasiones como catarsis de las bandas ante la escasez de oportunidades y espacio, aumentaba progresiva y proporcionalmente al crecimiento demográfico de los grupos. La Autoridad siempre pretendió la huincanización, no sólo como forma paulatina de abandono de las costumbres y tradiciones, sino como forma de modelar la anómica estructura de los subgrupos fronterizos al contexto de diplomático que imponía el mercantilismo⁹.

⁷ Dentro de esta apreciación peyorativa hacia la chusma fronteriza véase Leonardo León: *Evolución de la Frontera pehuenche en la Laja y el Bio Bio, territorio, comercio y misiones, 1736-1760* en *Revista de Ciencias Sociales*, N°44, 1999.

⁸ Cabe hacer la mención a la obra de Miguel de Olivares *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile, desde la primera entrada de los españoles hasta la mitad del siglo Décimo Octavo de nuestra redención (1766)* y que señala: “Mas que robar por necesidad, roban para negociar lo robado y para dar fomento a los vicios” (Citado por Leonardo León en *Evolución de la frontera pehuenche en...*; en *Revista de Ciencias Sociales*, N°44, 1999)

⁹ Dos apreciaciones a esta realidad de dominio y domesticación de los grupos pueden desprenderse de autores como Sergio Villalobos y Leonardo León. Por una parte Villalobos afirma en *Relaciones fronterizas en la Araucanía* que la extrema parsimonia de las relaciones se sustentaron en las fructíferas relaciones comerciales entre pehuenches y los habitantes de las villas, estos vínculos obedecían a una estructura económica derivado del intercambio de chicherías, que como acto comercial, era ampliamente acogido por el mercantilismo imperante; también Villalobos sostiene una lenta consolidación del tráfico de productos suntuarios y de primer orden motivado por las estrictas necesidades de la vida colonial, y que más que obedecer a estrategias de pacificación son manifestaciones simbióticas de una realidad concreta: la vida de la frontera. Por otra parte Leonardo León en *Evolución de la frontera pehuenche en la Laja y el Bio Bio* señala que independiente de las actividades económicas de la vida fronteriza, existe un proceso de vinculación entre grupos reconocidos por las autoridades, y que conforme a la evolución social de éstos se transforman en un aliado a la gestión de gobernabilidad como también a un poderoso detractor y demoleedor de la paz fronteriza. La vulnerabilidad del orden impuesto por el gobierno de la Capitánía General es consecuencia de tratamientos de cúpula más que a representaciones masivas de reconocimiento a los grupos, los que no pueden ser individualizados por caciques y lonkos, en cuanto la

El éxodo de jinetes, gañanes e indios castizos, desde las zonas precordilleras y de los estuarios de la frontera fue poblando paulatinamente los valles de Chile central de una masa humana no muy deseable por las oligarquías de hacendados y encomenderos. La frontera en sí, se consolidó como trampolín y pivote de grupos socializados en el rigor y el rechazo social. El juego de fuerza, el truco y la pericia ecuestre fueron en parte elementos naturales de su particular estilo de vida, no es presuroso afirmar que el desenfreno, consecuencia natural de las diversiones de las apuestas, peleas de gallos y juegos de naipes, era una trivialidad más dentro del mundo de la colonia¹⁰. Por otra parte la reorganización de espacios de apropiación y asentamiento en la periferia de las villas y haciendas fue un fenómeno que no se hizo esperar, la metamorfosis de las improvisadas tolderías de la vida fronteriza a “espacios populares” como el barrio de la chimba en las inmediaciones de Santiago de principios del XIX, son un ejemplo del leve trecho que hubo en la evolución de estos grupos que obedeciendo a la libertad de desplazamiento y a las improvisadas funciones que adoptaban deseaban involucrarse en un mundo del cual, si bien no eran forjadores por el hecho de ser consecuencia del mestizaje, se sentían herederos directos, o bien y en última instancia, lo suficientemente capacitados para participar¹¹.

La plebe hacia mediados del siglo XVIII ya no se siente subyugada al señorialismo hispano, la consolidación de sus chozas en la marginalidad de las ciudades y villas y el espíritu libertario de sobrevivencia delinearon la soberbia e insolencia a las autoridades que en pretérito negaron las raíces y menospreciaron su apariencia, la canallada lejos con identificarse con el indio, origen de sus pesares, y con el español, fuente de su humillación, con altanería desafió el orden establecido, lejos quedaban los días en que temieron su pacificación¹². Los grupos que en algún momento pretendieron ser infiltrados por las élites para ser controlados y manipulados, tomaron, como dignos jinetes que eran, las riendas de esta “pulseada” y terminaron por penetrar la preciada urbanidad de las villas, concretizándose una vuelta de tuerca en cuanto a dominadores, dominados y dominantes.

libertad y apego a las actividades propias a la costumbre y tradición no tienen límites a través de capitulaciones y acuerdos.

¹⁰ La tan aludida siesta colonial de la historiografía tradicional no es menos cierta si se analiza desde el punto de vista de los juegos y diversiones del noble y bajo pueblo. Las redes sociales que se urden en torno a la actividad dotan a este período de una dinámica especial no sólo social sino que también judicialmente, al revisar la obra de Eugenio Pereira Salas: *Juegos y Alegrias coloniales en Chile*, editorial Zig-zag, nos damos cuenta que los juegos de envite y azar son uno de los principales ejes en donde emanan las pendencias y hechos de sangre a los que debe poner atajo la Real Audiencia.

¹¹ Al analizar la obra de John Lynch: *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, editorial Ariel 1998; en el capítulo referido a Chile (Capítulo 4), se concluye que la aristocracia criolla no sólo aspiraba a ser amos del campo sino también del país, por lo tanto, la estrategia de dominación y subordinación se basaba en las alianzas consanguíneas y agnativas con los herederos peninsulares, lo que subsecuentemente traería la subordinación del bajo pueblo y la plebe, a esta forma de dominio Lynch antepone la rebelión popular y la conciencia política de algunos elementos que carentes de ideologías pero atendiendo a la forma natural de participación política buscaban espacios de representatividad.

¹² Para una evolución de la canallada véase Leonardo León: *La construcción del orden social oligárquico en Chile Colonial: La creación del cuerpo de Dragones, 1758* en *Estudios Coloniales* I, 2000.

Bajo Pueblo insubordinación y rebeldía

Sin duda y conforme a la revisión de fuentes y documentos que hace Lenardo León en diversos artículos en torno al tema¹³, es factible apreciar que el bajo pueblo constituyó un importante elemento dentro de la dinámica social y la insubordinación a la autoridad. Al esbozar un perfil de estos agentes anónimos de la historia, nos damos cuenta que estamos frente a un grupo humano que es coaccionado a través de tres vías.

En primera instancia, los rasgos físicos del chusmerío provocan el aislamiento y segregación ya sea racial como social, el peso del color en una organización social pigmentocrática, sin duda, determinará el comportamiento y las reacciones de los victimizados por el patriciado; la hacienda y la ciudad no brinda espacios de aceptación, por lo tanto el autoostracismo de los grupos es algo palpable, ya sea en la forma de distribuirse como asimismo de asociarse; la asfixia social de la cual serán víctimas, sembrarán más temprano que tarde sublevaciones y acciones desafiantes al poder de un Estado que no desea reconocerle ni tampoco brindarle oportunidades de integración a las funciones laborales y artesanales. La importancia implícita que tiene para el bajo pueblo la autonomía social¹⁴ es la razón de su conducta y de la forma de abordar la realidad, la desobediencia no necesariamente se entiende como un acto de soberbia y odiosidad a las autoridades, es más comprensible creer en ella como la base fundamental de la libertad genética del desarraigado; patrones, estancieros y hacendados, militares y sacerdotes son en la práctica el reflejo del poder de una corona que desea entorpecer y borrar los senderos de independencia social de la cual consciente e inconscientemente aspira.

De lo anterior, y como segunda instancia, se desprende que la falta de oportunidades laborales, profundizará aún más la veta del ingenio y la capacidad de anteponerse a la áspera realidad. Quien no tuvo cabida en las funciones tradicionales, sin duda no cavilará en desarrollar subterfugios que le permitan "respirar con dignidad", de allí, que no duda en ejercer actividades ilícitas, como el cuatrismo, bandillaje, montería y el tráfico de alcoholes. El espíritu libertario del bajo pueblo no es sólo consecuencia de su origen mestizo, las ordenanzas judiciales, son entendidas por este grupo como una persecución al estilo de vida que llevan en cuanto la autoridad no necesariamente actúa con juicio, sino más bien siempre sobre la base de prejuicios¹⁵. Estas actividades de libre ejercicio posibilitarán la relación de vinculación que hace la aristocracia criolla y peninsular entre bajo pueblo y criminalidad, acción que no es una especulación liviana, ya que efectivamente la "delincuencia" en la colonia está ligada a los desarraigados que sin código moral difícilmente convienen con las acciones de lo permitido¹⁶. El veto a las actividades sembrará al interior de la canallada particulares patrones de comportamiento y reconocimiento, si bien es cierto los grupos no encajaban en la norma social, la

¹³ Dentro de estos artículos habría que destacar *Reglamentando la vida cotidiana en Chile Colonial 1760-1778* citado por Eduardo Cavieres en *VI Seminario Taller de problemas de la Historia y la Historiografía colonial; Elite y Bajo Pueblo en Chile Colonial: La creación del cuerpo de Dragones 1758-1760*, *Revista de Estudios Coloniales* 1, 1999 y *Reclutas forzados y desertores de la patria: El bajo pueblo chileno en la guerra de Independencia, 1810-1814* *Revista Historia* N°35, 2002.

¹⁴ Este concepto no sólo se entiende desde la perspectiva antropológica y sociológica; desde una visión histórica es el corolario de un largo deambular de los grupos plebeyos o "canallada" dentro de la sociedad colonial egoísta y señorial. Véase Leonardo León: *Bajo Pueblo y Cabildo en Santiago* *Revista Contribuciones Científicas y Tecnológica*, USACH, 2001.

¹⁵ Véase *Ser niño huacho en la Historia de Chile* de Gabriel Salazar. *Revista Propositiones* N°19, 1989.

¹⁶ Para una revisión crítica del tema de criminalidad y delincuencia véase, *Bandolerismo, mito y realidad* de Andy Daistman, *Revista Propositiones* N°19 y *El régimen carcelario en Chile* de Marco Antonio León, DIBAM, 1997.

gestación de una moral autónoma es evidente y necesaria para la preservación y evolución de la plebe¹⁷. Con la autorregulación de las acciones, se fue pavimentando un nuevo ethos, más austero y real, pero mucho más válido según la estructura social y cultural que se gestaba a finales de la colonia.

Por último, se observa una plebe que a mediados del siglo XVIII se vuelve contestataria y rebelde. Los múltiples desacatos y desafíos al orden colonial, no son formas de protesta al poder de la autoridad, es una protesta de espectro social en la cual la trivialidad de la vida colonial no satisface las aspiraciones de una masa desencantada del atropello y podredumbre del patriciado¹⁸. El bajo pueblo en importante número ha llegado definitivamente a la "urbanidad" de la vida colonial, posicionándose y dejándose sentir con acciones y tropelías. La oligarquía criolla no sólo está enfrente de segregados y libertinos, también están enfrente a una masa descontrolada de hombres y mujeres que condicionados por la ignorancia y el analfabetismo viven diariamente sin ser partícipes del proyecto político peninsular¹⁹. El bajo pueblo no obedece a bandos y leyes prolijamente escritas, sino que reacciona sanguíneamente frente ante cualquier hecho que desafíe sus patrones conductuales e invada su espacio mental. Ampliándose a la afirmación de la tesis de Leonardo León: "Criollos, indios y mestizos no quieren perder autonomía social y mucho menos rendir su cultura al orden social de la elite"²⁰.

Contrario a lo impuesto por la historiografía tradicional, el bajo pueblo no constituyen fila en pro de los ideales hispanos o de las elites criollas, son una unidad completamente independiente que no creen en los maquillajes políticos de la tradición hispano criolla, por cuanto la realidad de su pobreza impide una eventual alianza pro ideales libertarios; es más cualquier pacto, técnicamente traicionaría el código interno de la "canallada", que tardó tres siglos en refrendar su condición²¹.

De los hechos fortuitos a la guerra de independencia 1810-1814

Los continuos embates de la plebe contra la autoridad y la frágil tranquilidad de la vida junto al cabildo fueron apresurando las reacciones de los grupos formales contra el enemigo interno. Las "desequilibradas" acciones del gobernador José García Carrasco, de peligrosa aceptación e identificación por parte del vulgo, fue una de las excusa tomada por la aristocracia para socavar prontamente las viejas estructuras de dominio e imponer un nuevo orden social. No es difícil de imaginar que la élites tuvieron fortuitamente la oportunidad de cambiar su suerte y reconstruir el imaginario popular²².

¹⁷ Dentro del análisis de la idea de moral autónoma véase Alice Cooper *Criminalidad y Delincuencia*, CIDPA, 2001

¹⁸ Tal vez como polvorín de la reacción de la canallada está la sublevación de 1758, citada por Leonardo León en *Elite y Bajo pueblo en Chile Colonial: La Creación del cuerpo de Dragones 1758-1760*. *Revista de Estudios Coloniales* 1, 1999

¹⁹ Conforme a la obra de Sergio Villalobos *Tradicón y Reforma en 1810*, los criollos lentamente habían perdido el interés por la obediencia y el acato a la autoridad, tanto civil como eclesiástica, ya que uno y otro se confundían en los ideales pro peninsulares dejando de lado la participación comercial y política de los nacidos en Chile.

²⁰ Véase *Bajo pueblo y Cabildo de Santiago*, *Revista Contribuciones Científicas y Tecnológicas USACH*, 2001, pp 76.

²¹ Esta apreciación, lejos de encuadrarse dentro de la historiografía tradicional chilena en torno a la emancipación, es un indicio de la significancia que tuvo el bajo pueblo en los apresurados hechos de la guerra de independencia. Se puede afirmar que el año 1810 marcó el inicio de una nueva estrategia por parte de las élites para controlar la ingobernabilidad que imperaba en la Capitanía General, y poner atajo, por medio del control social, a las insurrecciones de la canallada.

²² Para una revisión de esta idea véase *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, E Matta Vial y Guillermo Feliú Cruz Santiago 1954.

Los acontecimientos de Buenos Aires y España, son sólo procesos paralelos a la realidad chilena, si consideramos la Tesis de Inge Wolf y John Lynch²³ la larga duración económica-social en un sentido coyuntural es coincidente, pero no por eso es menos cierto que los regionalismos determinan para cada unidad sinos completamente diferentes y contrafactualmente realidades muy individualidades. En el caso de Chile, el bajo pueblo se comportó durante la “voluble” siesta colonial como un protagonista anónimo de rebeldía y libertad, sin embargo durante el proceso de principios del decimonónico, la plebe pasó de “silenciada” oposición a protagonista de los hechos bélicos de la patria vieja, claro está que siempre dentro del anonimato que confería la aristocracia terrateniente a los subyugados²⁴. La tradición historiográfica cómplice de una historia oficial de próceres y épica bélica, terminó por sepultar al bajo pueblo en su participación histórica.

Las batallas libradas por la independencia, fueron el péndulo que hipnotizó a un bajo pueblo que obligado a participar por uno u otro bando se puso bajo la sombra de caciques y caudillos militares, no obstante el dinamismo de la plebe, acostumbrada al rigor y a la libertad, fue provocando al seno de los ejércitos y las milicias quiebres entre los líderes²⁵.

Las continuas deserciones estuvieron acompañadas de indultos, la necesidad mostró siempre su faz de hereje mientras se libraban batallas²⁶, sin embargo y con posterioridad, tanto realistas como patriotas, no cavilaron en imponerse por medio de fusilamientos y encarcelamientos a los “traidores”²⁷, apelativo vago, si se acepta que la traición implica un compromiso con una entidad, ¿Qué compromiso o obediencia podía tener quien por trescientos años fue segregado social y políticamente por unos y otros?. A veces bajo la intención de subordinarlos con conceptos como honor y patria, se logró un compromiso momentáneo, pero la felonía no tenía límites ni cabida en quienes indisciplinadamente habían nacido. El saqueo de los bandos realistas y patriotas había renacido, el botín era una aspiración de los peones e inquilinos que constituyeron un improvisado ejército de ocupación, las batallas dentro de la conciencia de la plebe uniformada, lejos de ser una aspiración de libertad era una forma más de ganarse el diario vivir. Del mismo modo, los anónimos componentes de los batallones y escuadrones se enfrentaban en una fratricida guerra.

La horca, persecución y fusilamiento con O’Higgins o Carrera; de Osorio o San Bruno, son la evidencia que se tiene para demostrar los intentos de subordinación del bajo pueblo, el que lejos de pertenecer a la tropa regular o irregular, léase milicias o montoneros, siempre fueron los enemigos de quienes forjaban un nuevo Estado. El aumento del bandidaje en el Chile rural del siglo XIX es la expresión de una plebe que no tuvo cabida en los proyectos políticos de uno u otro bando, el desencanto por la actividad política y la identificación con la marginalidad nuevamente echó sus raíces.

²³ Véase *Algunas consideraciones sobre las causas económicas de la Independencia y Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, respectivamente.

²⁴ Véase Leonardo León *Reclutas forzados y desertores de la patria: El bajo pueblo chileno en la guerra de Independencia 1810-1814*. Revista *Historia* N°35. PUCCH, 2002

²⁵ véase Leonardo León, *Reclutas forzados*...pp. 272

²⁶ “Las recompensas y beneficios que ambos bandos otorgaban a los desertores evidencian la facilidad con que el peonaje miliciano abandonaba las filas para sumarse a las partidas enemigas” en Leonardo León, *Reclutas forzados*...pp 264.

²⁷ Véase Leonardo León, *Reclutas forzados*... y las medidas adoptadas por Carrera en Concepción contra huasos, peones, desertores o traidores a la patria, pp 269

Entre 1812 y 1814 el bajo pueblo sufrió las consecuencias de una guerra que les era completamente ajena, pero que desde la perspectiva de los bandos en conflicto era necesario arrastrarlos, casi como trauma colectivo, para detentar la ansiada "pacificación".

"Dentro de las variadas formas de "pacificación" de la estructura poblacional, la persecución y el exterminio son dos importantes elementos constitutivos de nuestra historia social"²⁸

En relación a lo expuesto anteriormente, podemos concluir, que la llamada independencia o emancipación, según el prisma historiográfico que se desea utilizar, no fue más que el punto final de una insubordinación social nacida en las orillas de la frontera y que llegó a Chile central a mediados del XVIII. Dicha asolada pudo ser controlada por las hábiles y fortuitas manos de una elite, quien con la "suerte de una partera" logró abortar lo que pudo llegar hacer una guerra civil entre la plebe ansiosa de reivindicación y la aristocracia criolla deseosa de un nuevo orden en donde ella en último término fuese la madre punitiva.

²⁸ Véase Elizondo Rodríguez: *Santa María de Iquique: Documentos para la Historia*, Editorial del Pacífico, 1996, pp 13